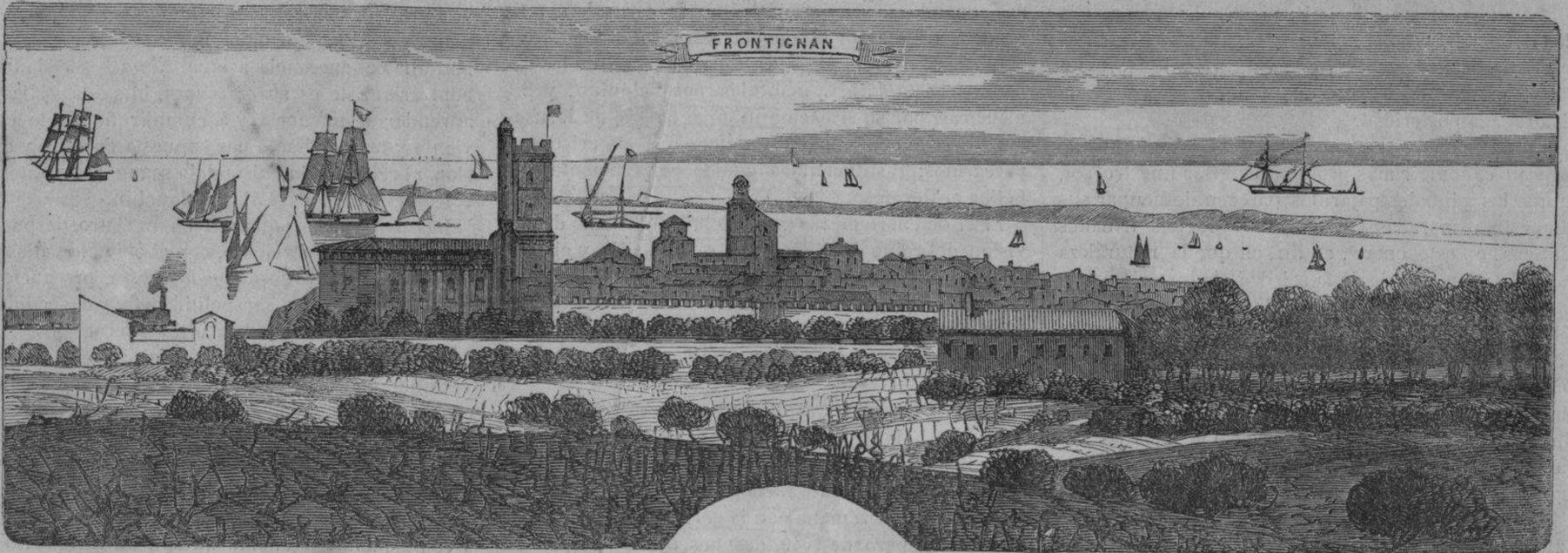




# El Periódico ilustrado.



Numero 41.

DEL 24 AL 31 DE DICIEMBRE DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.º



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscripcion.

UN NÚMERO

Madrid. . .	Un año 24 rs.—Seis meses 12 rs.	} 4 cuartos en MADRID.
Provincias.	Un año 28 » —Seis meses 14 »	
Ultramar. .	Un año 80 » —Seis meses 50 »	

} 5 cuartos en PROVINCIAS.

SUMARIO.—Trajes vascongados y franceses en Biarritz.—Efemérides, por J. V. Hernandez.—Lo alabareros, por P. F. Reymundo.—A Carmen, por F.—Frontignan.—Mis seis mil reales, por Zuluetta.—Cuento ejemplar, por Caula.—Una aventura en el camino de hierro.—Marina.—El palacio de Windsor.—Última sesión del Parlamento italiano en Turin.

LÁMINAS: Frontignan.—Trajes vascongados y franceses en Biarritz.—El palacio de Windsor.—Última sesión del Parlamento italiano en Turin.—SS. MM. el emperador y la emperatriz de Austria.—Vista de Viena.

## TRAJES VASCONGADOS Y FRANCESES EN BIARRITZ.

Las costumbres y los trajes de las localidades próximas a la frontera se resienten siempre de la influencia del país vasco, sin embargo,

tiene su originalidad enteramente particular, como idioma y como costumbres. Nuestro grabado representa los vascongados españoles que habitan en Biarritz. En sus facciones acentuadas se observan ciertos tipos llenos de vigor y de arrogancia; los hombres, particularmente, usan trajes artísticamente cortados

y de mejor gusto. Las mujeres tienen una elegancia singular; sus posiciones son naturalmente graciosas, y en todos ellos se observa el sello de dignidad varonil, ligeramente desdeñoso, que se encuentra en España á cada paso hasta bajo los harapos del mendigo.



TRAJES VASCONGADOS Y FRANCESES EN BIARRITZ.

## EFEMÉRIDES.

El hombre nace de las manos del Criador, dotado de inteligencia y de voluntad. Estos fenómenos psicológicos despiertan en él la idea del saber, de la civilización y del embellecimiento; despiertan en él la idea del poder. Pero el hombre necesita una base donde plantear sus empresas, y la naturaleza le labra un campo para sembrarle con sus conquistas, y legar la historia á la posteridad.

El mes de enero, en que las tinieblas de la noche parecen concurrir más pronto á eclipsar nuestro sol, en que los pintados pajarillos parecen desocupar sus campestres moradas, privándonos de sus trinados cánticos, en este enero, en fin, en que la naturaleza nos cubre con el velo de la soledad, la historia nos le hace quizá uno de los más grandes del año.

En 2 de enero de 1492, tuvo lugar la conquista de Granada; deseoso el rey D. Fernando de cortar la dominación de los moros en España, exigió un tributo que no pagaban y que estaban obligados á dar; negóse Muley-Hisen, y coincidiendo con esto la toma de Zahara, fué lo suficiente para encender la guerra, y dar lugar á tan célebre conquista.

El 3 de enero de 1521, se verificó la excomunion de Lutero, reformador de la religion, por Leon X; sus obras fueron quemadas y su doctrina condenada en cuarenta artículos; determinación que no produjo el efecto que se deseaba.

El 6 del año 1492, fueron entregadas á los Reyes Católicos, D. Fernando y doña Isabel, las llaves de Granada, por Boabdil, su último rey.

El 7 de enero de 595, dió el título de católico á Recaredo, rey godo de España, el papa Gregorio I, y se convirtió á ruegos de San Leandro, abjurando la fé arriana en el Concilio III de Toledo.

El 10 de enero de 1610, se verificó la espulsion de los moriscos, mandada por Felipe III, empezando por el reino de Valencia. Determinación grande para unos y censurable para otros.

En 10 de enero de 1724, cuando todo hacia esperar un próspero reinado á D. Felipe V, se le vió renunciar la corona en su hijo Luis I, retirándose á San Ildefonso, donde habia construido un palacio suntuoso. Su hijo D. Luis murió á los diez meses de haber ceñido la corona.

El 12 de 1570, se estableció el terrible tribunal de la inquisición, que, unido al rigorismo que se empleó con los luteranos, y el cobro de la décima que se empezó á llevar á efecto, fueron suficientes causas de descontento para que estallara una rebelión.

El día 14 de enero de 1526, á causa de las rivalidades entre Carlos V y Francisco I, se suscitaron varias guerras, empezando por la Navarra y concluyendo por la célebre batalla de Pavia; en la que fué hecho prisionero Francisco I, y traído desde la fortaleza de Pizighitón á Madrid, á la torre llamada de los Lujanes, (sita en la plaza de la Villa), donde se celebró un tratado el día arriba dicho, por el que se obligaba el monarca francés á devolver el ducado de Borgoña, y á renunciar á sus pretensiones y derechos.

El 16 del mismo del año 1556, Carlos V, quebrantada ya su salud, y fatigado con las guerras sostenidas con Francisco I, los Países Bajos y el Franco Condado renuncian la corona en su hijo D. Felipe.

El 17 de 1793, sube al cadalso el desdichado Luis XVI, á pesar de la defensa que de él hicieron los girondinos contra los exaltados.

El 18 de enero de 1562, se convocó el célebre Concilio de Trento por Paulo III, á instancias de Carlos V, y se declararon canónicos los libros de la Sagrada Escritura, y se condenaron los errores reformistas sobre la Eucaristía, confesion, purgatorio é indulgencias.

El 18 de 1568, fueron desarmados los moriscos que habian quedado en España, despues de la conquista de Granada; los cuales, irritados porque Felipe II les hizo renunciaren su idioma y costumbres, se sublevaron en las Alpujarras.

El 19 de enero del año 1568, falleció el príncipe don Carlos, suponiendo unos que amaba ciegamente á doña Isabel de Valois, con la que su padre se casó despues; otros suponiendo que tomó parte activa en la insurrección de Flandes, lo cierto es, que despues de más ó menos conjeturas, fué reducido á prisión por orden de su padre.

El día 23 del año 1516, á los veinte días de la muerte del Gran Capitan, falleció el rey D. Fernando el Católico en la aldea de Madrigalejos, á los sesenta y cuatro

años de edad. Gran guerrero, gran político, aunque adolecia del defecto de no apreciar en todo los servicios que se le prestaban.

En 24 de enero de 1118, se estableció la orden de los caballeros de San Juan de Jerusalem, hoy Malta, residentes en Palestina, teniendo que establecerse en Rodas, cuando se apoderó Saladino de Jerusalem, retirándose á Malta por la toma de esta por Soliman.

El día 25 del año 1115, se fundó la orden de los caballeros Templarios, instituida por Balduino, y llamados así por su situación junto al templo de Jerusalem, creada con objeto de defender á los cristianos peregrinos; institucion estinguida por Clemente V y Felipe el Hermoso.

El 27 de enero de 1507, se celebró un tratado de division del reino de Nápoles entre Luis XII y el Rey Católico D. Fernando; apoderóse el Gran Capitan de las Dos Calabrias y de la Pulla, retirándose el rey de Nápoles á la isla de Ischia, donde se encendió de nuevo la guerra, y quedó el Rey Católico dueño del reino de Nápoles.

El 28 de enero de 814, bajó al sepulcro el gran Carlo-Magno, hombre muy superior al siglo en que floreció, el cual, de no haberle sobrevivido el feudalismo, la civilización hubiera adelantado muchos pasos, armonizándose la romana con la germania.

El 30 de enero de 1649, despues de oír con grande impasibilidad su sentencia, fué ejecutado en Londres Carlos I, en un tablado que se levantó delante del palacio Witte-Huall, retirándose el pueblo pesaroso y avergonzado, por haber consentido á los puritanos que regasen la Inglaterra con la sangre de su rey.

J. VALLEJO HERNANDEZ.

## LOS ALABARDEROS.

Los alabarderos de que vamos á hablar no tienen nada de comun con los que forman el distinguido cuerpo real tan renombrado por su lealtad y valor.

Los alabarderos que originan estos mal perjeñados renglones no usan uniforme alguno; ni siquiera empuñan alabarda de ninguna clase, ni dan guardia á este ó aquel personaje, á tal ó cual edificio. Tienen, sin embargo, su *consignia*, su especie de *santo y seña*, y hasta poseen algunas veces el tacto de codos con admirable maestría.

La *claque*, nombre genérico con que se les designa allende los Pirineos, donde el cuerpo de alabarderos ha llegado á su más completo desarrollo y suma perfección, ha venido aumentándose en nuestro país de una manera asombrosa desde hace pocos años á esta parte.

Hoy no puede existir sin alabarderos nada que se relacione con el público; nada que aspire á la publicidad; nada cuyo objeto sea interesar á las *masas*, ya por cuestion de conveniencia individual, ya por cuestion de popularidad. La raza de los alabarderos políticos conocida es de todos los que se engolfan en las árduas y estériles luchas de partido, ó echan un rato á perros en las tribunas del Congreso. La raza de los alabarderos sociales de cualquiera puede ser conocida, si á trueque de matar el tiempo, se echa á la cara esas *Revistas de Salones*, en las que se pone por las nubes la belleza y galantería de la marquesa del Trueno, ó se aplaude el filantrópico proceder del conde del Rayo, ó se elogia en todos los tonos del diapason el talento mayúsculo del baron del Relámpago. No os preocupeis discurrendo sobre las escelencias de semejantes *notabilidades*. Es que el incensario del alabardero se mueve fácilmente á impulsos de un *señalado favor*, de un *thé*, de un confortable *Punch*, y de otras *frioleras* que me reservo por delicadeza.

Pero hasta ahora no hemos dicho una palabra respecto á los alabarderos que motivan principalmente este articulejo.

Hablemos de ellos, pues. El cuerpo de alabarderos teatral se encuentra, á nuestro modo de ver, organizado con toda la pulcritud y perfección que un empresario listo comprende. Reciben su *plus*, amen de otras *primas*, cuando han llenado bien su cometido; gozan, gratis por supuesto, de las funciones; se dividen además en grupos y en bandos por todos los pisos y en toda clase de localidades; están familiarizados con los acomodadores y conserjes; saludan á los actores, y conferencian *sotto voce* con los empresarios ó sus agentes.

Su cuartel general es el teatro; su guardia, mientras

dura la representación; su *santo y seña* aplaudir ó silbar, segun las órdenes recibidas al efecto.

Esta es su mision cabe el templo de Talía. Su conducta fuera de él se reduce á defender á capa y espada á los actores, aunque sean más malos que las piedras; á elevar por las nubes el crédito del empresario, aunque este señor esté próximo á tronar como arpa vieja; y á propalar que el público favorece el coliseo con una concurrencia asidua, aunque suceda todo lo contrario. Esta es su *ordenanza*, que está obligado á aprender de memoria y á cumplir fielmente contra viento y marea; dando por supuesto colorido y espresion al relato, y amenizándolo segun los puntos que calce de instruido ó hábil parlanchin.

Los alabarderos penetran en el teatro despues de comenzado el espectáculo, con el objeto de atisbar los asientos que hay desocupados. Esta precaucion les evita muchas veces ser políticamente despedidos de una localidad, comprada á última hora.

Aun con esta precaucion y todo, no es la primera vez que hemos presenciado una escena, que con pocas variaciones viene á reducirse á lo siguiente:

Un *espectador* (presentándose de pronto, y consultando su billete).—Caballero, creo que se ha colocado usted en mi sitio.

El *acomodador* (que se ha acercado apresuradamente y como oliendo lo chamusquina).—En efecto, Vd. se ha equivocado, pues su asiento es el de aquella esquina.

El *alabardero* (semi-confuso y con aire de candidez).—Tienen Vds. razon, distraído me senté sin fijarme...

Luego el acomodador le guiña el ojo al alabardero, como diciéndole: «Quién se habia de figurar!» Así disimulando el uno, y fingiendo el otro poner término á un *pasillo-cómico-sério*, que se representa mucho durante la temporada.

El alabardero no así como así se espone á quedar desairado en sus *conatos de aplausos*. Escoge para ello una escena entre el galan y la dama, y sobre todo el final de un parlamento en verso, en donde se pronuncien las palabras *libertad* ó *venganza* acentuadas y recaladas con intencion por el actor. En ocasion oportuna es la escogida por los alabarderos para romper el silencio de la sala con ruidosos aplausos, que suelen ser secundados por el público de las galerías, arrastrado sin querer á una manifestacion preparada astutamente por la *claque*. Este lazo, que con tanta destreza tienden los alabarderos, no siempre les surte el efecto deseado, resultando de aquí algunos *¡fuera!* con que el auditorio sensato castiga su osadía.

El alabardero necesita indispensablemente producir con las manos un choque atronador; sin este requisito es probable que no fuese admitido en la comparsa. Es decir, que dos paletas de madera (pues no otra cosa parecen las manos de algunos de ellos), forman la parte más principal y más atendida para el ingreso de un individuo en el *Cuerpo*. Respecto al órgano vocal, no se le permite más que la pronunciacion con todas sus fuerzas de las frases *¡Bravo!* *¡Bien!* *¡Que salga el autor!* etc., etc.

Hacer salir un autor á las tablas es una etapa gloriosa para los alabarderos, y por cuyo servicio tal vez reciben *racon doble*. Ya comprenderán mis lectores qué tal será el autor que necesite del auxilio de la *claque* para exhibirse sobre el escenario.

El alabardero que en Paris es considerado atentamente, aun por artistas de mérito, en Madrid se mira casi con desprecio, y si se le emplea con tanta prodigalidad en los teatros, es solo por cuenta de las empresas y porque á estas les conviene para sus fines particulares. Por ejemplo, para que no aparezca vacío el local en noche de poca entrada, para deshacerse de un actor caro y halagar la vanidad de alguna actriz tan bonita como inepta, y lo que es más comun, para que se *salve* ó *naufraque* cualquiera obra, segun el interés que se tenga por ella, ó segun los compromisos que medien.

En Paris, como ya hemos dicho, la *claque* es el árbitro de la reputacion de un artista, siendo tan temidos sus *fallos*, que basta solo relatar lo siguiente para tener una idea de ello.

Una actriz, el día despues de su estreno en la antedicha ciudad, recibió la cuenta de 600 francos, por *aplausos*, de parte del jefe de la *claque*. Esto la indignó mucho, pero el director del teatro la hizo ver que era costumbre, y no habia más remedio que pagar. Pero aun hay más: en 1854 murió en la capital del vecino imperio un tal Augusto, jefe de la *claque* durante mu

cho tiempo, y entre sus papeles aparecieron algunos muy curiosos por los que se supo que Nourrit le había pasado una renta anual de 2.000 francos; la Taglioni, 300 francos mensuales; cuando se estrenó Fanni Essler, le pagó 500 francos la primera noche; 300 la segunda, y por último celebró un contrato por el cual le daba 100 francos cada noche que bailase. Lo cual prueba la íntima persuasión que dichos artistas tenían de la grande influencia de los alabarderos y la seguridad que abrigaban de conservar su fama, gracias á semejantes tributos.

En nuestro coliseo de Oriente es donde hoy día el elemento alabardero se manifiesta de un modo escandaloso. Los innumerables alabarderos enemigos de la actual empresa, y por consecuencia amigos interesados de la anterior, convierten casi todas las noches aquel elegante recinto en la más deliciosa plaza de toros. Plumas tan competentes como la del festivo escritor D. Manuel del Palacio han protestado contra esos abusos de la *claque*, indignos de cometerse ante un público tan culto é inteligente como el del Teatro Real. A pesar de todo, los escándalos continúan y el descrédito aumenta, merced á los mil y un alabarderos que intereses mezquinos hacen *maniobrar* todas las noches.

El alabardero, considerado bajo el punto de vista social, es un ente sin opinion propia; un criado del empresario, convertido por su censurable empleo en dependiente sin librea; pero dependiente que, en lugar de prestar sus servicios al público, le aturde con sus ruidosas manifestaciones, le incomoda con su presencia y le exaspera con su proceder odioso.

Conste, pues, que el alabardero es una plaga teatral, una planta parásita que es preciso estirpar á toda costa; que es indispensable desterrar de un país, que en materia de espectáculos teatrales, no necesita de la iniciativa de la *claque* para dictar su fallo, favorable ó adverso, á las obras y á los artistas.

PEDRO FRANCISCO REYMUNDO.

## Á CARMEN.

Pues quieres que de nuevo  
coja la guzla,  
quien hace tanto tiempo  
que no la pulsa,  
perdon te pido,  
si al complacerte brota  
de ella un gemido.

Como el naturalista  
bajo la nieve  
suele buscar algunas  
flores silvestres,  
asi yo, Carmen,  
flores busco en mi alma  
que regalarte.

Más, ¡ay! que el cierzo frio  
las heló todas,  
y místicas, deshojadas  
y sin aroma,  
dignas no fueran  
de tí, á quien yo querria  
hoy ofrecerlas.

Que es en vano que intente,  
con loco anhelo,  
despertar en el alma  
los dulces ecos,  
que en otros días  
á mis cantos de amores  
bien respondian.

El ruiseñor amante,  
que murmuraba  
cantares misteriosos,  
calló en el alma;  
silencio mudo  
hay en ella, el silencio  
de los sepulcros.

Mas si el sol en el cielo  
radiante luce,  
á su calor la nieve

pronto se funde,  
se abren las flores  
y entonan dulces cantos  
los ruiseñores.

Y como en los pasados  
serenos días,  
resuenan en el alma  
las melodías,  
la voz del ángel  
que oimos con celeste  
dicha inefable.

Ese sol son tus ojos  
pálida virgen:  
húmedos de ternura  
haz que me miren,  
y muy en breve  
verás brotar las flores  
de entre la nieve.

Y entonaré á tu oido  
los dulces cantos  
del amor que en mí infundan  
sus dulces rayos:  
mirame, niña,  
y renacerá en mi alma  
la poesía.

F.

## MIS SEIS MIL REALES.

Por F. de Zulueta.

(Conclusion.)

No era cosa de ponerme con una guitarra á una esquinilla, pidiendo «para un infeliz que no tiene medios de casarse.» Ni que abriese la prensa una suscripcion patriótica para el fin humanitario que yo queria realizar, mi casamiento. Ni que del fondo de calamidades públicas me diese el gobierno con que hacer frente á mi calamidad conyugal. Ni que los magnates me dieran, como á los artistas que emigran en busca de genio, una pension para hacer estudios sobre la mujer ó la familia. Ni que las Cortes me votaran una subvencion como á los ferro-carriles, pues camino es el del matrimonio que tiene sus peligrosos pasos á nivel y sus descarrilamientos. Ni que mis padrinos de boda fueran testas coronadas, aunque despues del regalo supiera, como algun otro, decirles: «Ahí te quedas, mundo amargo.»

Era necesario tener valor, y valor tuve; me tiré de los puños de la camisa, me crucé pausadamente de brazos, y con un ¡Pchs! y un ¡Qué se me da á mí! me quedé tan fresco.

Avancé con aire resuelto en mi posicion de novio admitido, y continué mi papel de aspirante á marido, cuando un dia oí á mi futura suegra exclamar con asombro.

—Ha visto Vd. á la Elena, ¡pobre chica! se ha casado con un hombre que no tenia un cuarto.

—Señora, dije, era empleado, su sueldo...

—¡Pchs! Doce mil reales, ni para sopa.

—¡Ni para sopa! murmuré, y habrá periódico que se encarnice con él y diga que está comiendo la sopa boba. Y si ese no come cocido con tal sueldo, ¿qué creará esta señora que yo como? ¿Almendras del Pardo? ¿Qué dirá de mi sueldo, que es la mitad?

—Ningun hombre debe decir á una mujer que la quiere, sin saber si puede quererla.

—Tiene Vd. razon, señora.

—Y no puede quien no tiene medios.

—Es verdad.

—Lo demás es engañar á la familia, quitar á la chica sus *proporciones* y tener gana de pasar el tiempo.

—Eso es.

—Pero en nuestra sociedad es inaudito lo que pasa. Cualquiera mocosito, Vd. perdone la expresion, cualquier *pelaide* tiene derecho á acercarse á una muchacha, enamorarla, cautivar su corazon, y marcharse despues con las manos lavadas, y como un perro que se sacude al salir del agua.

—Caballito.

—Yo ya le he dicho á mi hija: «No hay defecto más imperdonable que el *no tener*, porque la vida es un

censo que se paga diariamente, y nada de interés en unas relaciones, nada de mirar si la hacienda es poca ó mucha; lo necesario, solo lo necesario, eso sí, mi yerno ha de tener veinticinco á treinta mil duros.»

—(¡Sopla!)

—Es lo ménos que se puede pedir. Pero estoy incomodando á Vd., amigo mio; vamos, ¿venga Vd. hoy con nosotras, eh? Iremos al Retiro, la niña está ya esperando.

—Señora, casualmente iba á decir á Vd. que me era imposible...

—¿Pues?

—Una ocupacion urgente.

—Cuidado con engañarnos.

—Tengo que escribir una carta.

—¿A quién? ¿A alguna...?

—No señora, es á alguno.

—¿Algun personaje notable?

—Casualmente, á mi jefe.

—¡Hola! ¿Al ministro?

—Justamente.

—¿Volverá Vd.?

—Sí señora.

—¡Las espaldas! exclamé cuando estuve en la escalera.

—¿Conque es decir que tengo que renunciar á mi amor? ¡Si pudiera escribir al ministro, como he dicho! ¿Por qué no?

Y diciendo y haciendo, llegué á mi casa, tomé un pliego de papel, y con la mejor letra que pude, escribí:

«Excmo. Sr.:

»Don F. de Zulueta, empleado con seis mil reales de sueldo, á V. E. respetuosamente espone: Que siendo natural á su viril edad de treinta años celebrar el sétimo sacramento (pues no se halla con fuerzas para el sexto, y el quinto será su único recurso, á falta del sétimo citado); hace presente la imposibilidad de contraer dicho vínculo social con el mezquino sueldo que disfruta. La moral pública, Excmo. Sr., está interesada en que no se asigne á empleado alguno de carrera sueldo tan miserable, pues los hombres de ella quedan inhábiles lícitamente para una de las funciones más importantes de la vida. El que esto espone, señor excelentísimo, ama y es amado, y ve morir la flor de sus amores ante consideraciones tan puramente materiales; V. E. sabe aquel refran de «Antes que te cases...» y V. E. puede ver el porvenir que yo depararía á mi futura y futuritos subsiguientes; y por tanto, á V. E.

»Suplico se sirva concederme un sueldo decoroso para la categoria de marido, á que aspiro.—Dios guarde, etc. etc.»

VI.

Con ansia esperaba yo la resolucion de S. E.

Ocho dias me pasé encerrado en mi casa las horas en que no tenia que asistir á la oficina. A nadie vi. Mis amigos se hubieran admirado de mi infortunio, y... nada más. A mi suegra no queria verla, no convirtiese aquellas que creia yo indirectas en una pregunta directa. A mi adorada tampoco. ¡Ah! Verla y tener que renunciar á su amor hubiera sido un martirio insoportable.

Todos los dias cogia papel y pluma en mi casa, y borrajaba cálculos y más cálculos. Por ejemplo:

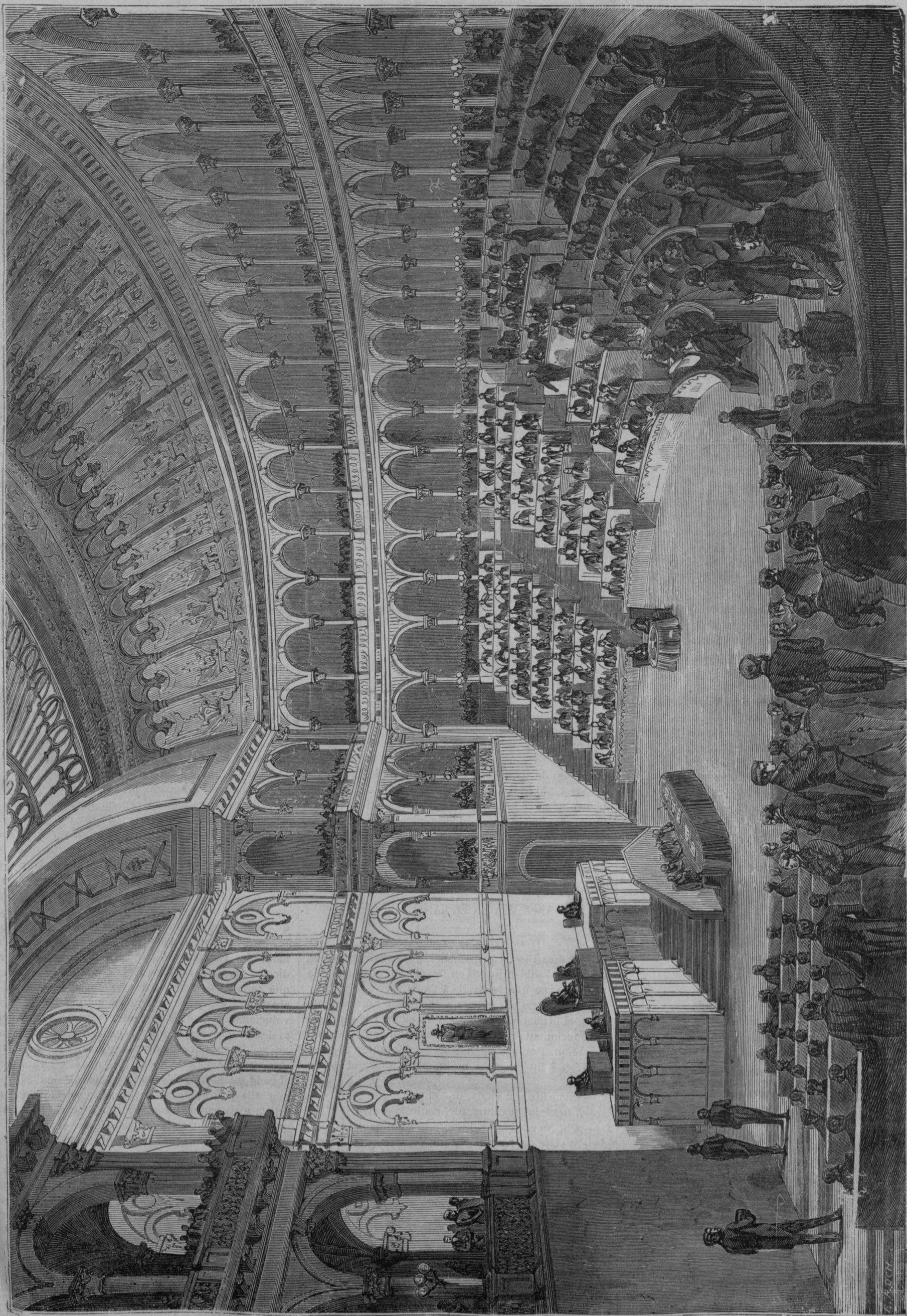
—Si me da doce mil reales el ministro, y saco otros seis en la prensa política y dos por las revistas de teatros, ya son veinte mil. Si mi gran obra en proyecto *Apuntes sobre las costumbres de las diferentes naciones* llegara á tener éxito, ya me redondeaba. ¡Bah! Con una renta así puedo aspirar á la mano de mi Mariquita.

Si me da diez mil, es un corto sueldo; pero haciéndola creer que es por unos meses no más, diciéndolas que tengo rentas, y luego en prensa mi obra... Si me da ocho es una osadía, no puedo admitirlos. Llevaré á Romea el drama que tengo pensado, y si gusta, que de fijo gustará... y luego mi obra... la prensa... etc., etc.

Porque con seis mil reales no hago yo nada, absolutamente nada, aunque sea un gran poeta y gane el oro y el moro, nadie me quita la ignominia de haber tenido seis mil reales, y de no haber pasado de ese sueldo, y con esto hay bastante para recibir las más gordas calabazas.

El noveno dia que entré en la oficina, mi corazon latía con violencia, vi un pliego sobre mi pupitre. Me





UNA SESION EN EL PARLAMENTO ITALIANO, EN TURIN.

adelanté, le cogí, y palpitante de emoción, exclamé:

—¡Oh! tú, caro mensajero de mi suerte ó mi desgracia, á tí llego radiante de esperanza, ¿me traerás la vida ó la muerte?

Rompí el sobre y hallé esta esquela.

«S. E., en vista de las razones que Vd. ha espuesto sobre los inconvenientes que le ocasiona su destino en Madrid, le envía este otro que le evitará lo caro del comestible de la corte.»

Abrió el nombramiento adjunto, sospechándome una burla.

Era lisa y llanamente mi traslación á Mahon, en cuyo punto debía continuar mis servicios con el mismo sueldo.

—Seis mil reales, grité, llamando la atención de todos; cifra fatal que aun me persigues, no te burlarás de mí, y tomando por última vez la pluma, escribí:

«Esta mañana se ha suicidado uno de los mejores empleados de nuestra administración, el joven D. F. de Zulueta, víctima de su corto sueldo.»

Y poniendo un sobre para la redacción de *La Correspondencia*, salí de casa y me metí en el primer tren que iba á Francia, dispuesto á ofrecer mis servicios como piloto de los vientos á Mr. Nadar; pues desde pequeñito, como las aves, estaba acostumbrado á manejar la pluma.

F. DE ZULUETA.

### CUENTO EJEMPLAR.

Era una tarde de estío:

El sol se iba ya ocultando,  
Su pura luz reflejando  
En la corriente de un río.

Junto á este río profundo,  
Bajo un sáuce, que besaba  
Constante el agua, se hallaba  
Un joven meditabundo.

Flaco, macilento, triste,  
De mirar sombrío y torvo,  
Parece causarle estorbo  
Cuanto bajo el cielo existe.

Se ven en su rostro insano  
Las huellas del sufrimiento,  
Y de un fatal desaliento  
Que le devora inhumano.

La pálida frente inclina,  
Y con ávida mirada  
Contempla el agua azulada  
Que le atrae y le fascina.

De un monte por el sendero  
Otro hombre baja cantando,  
Sobre los hombros llevando  
De su trabajo el apero.

Alto, robusto, fornido,  
Aunque en edad ya maduro,  
Camina con pié seguro  
Y como un muchacho erguido.

Brilla en su dulce pupila  
El purísimo contento,  
Que inspira el convencimiento  
De una conciencia tranquila.

Deja el atajo y avanza  
Hacia la orilla del río...  
Y ve que al fondo sombrío  
Del agua el joven se lanza.

Tras él se arroja; con maña  
Lo saca del río á nado,  
Y posándolo en un prado  
De césped y de espadaña;

Así que le ve gozoso  
Recobrar de nuevo aliento,  
Le dice con un acento  
Severo, aunque cariñoso:

—¿Quién eres, mozo imprudente,  
Que tienes la vida en poco,  
Y te arrojas como un loco  
En medio de esa corriente?

—Un infeliz! Triste lidio  
Con mi suerte sin ventura  
Y huyendo la desventura...

—¿Vas á parar al suicidio!  
—Fui un día rico heredero  
En la ociosidad criado;  
Y hoy me veo abandonado  
Sin amigos ni dinero.

De vil placer y locura  
Sembré mis mejores años;

Y hoy cosecho con usura

Lágrimas y desengaños.

Ay! De la desgracia así

Me condujo en pos la suerte...

¿En dónde, sino en la muerte,

Hallaré consuelo?

—En mí!

Sígueme por este atajo,

Y te salvaré propicio!

—¿Sabes ya quién soy?

—Si, *el vicio!*

—¿Y quién eres tú?

—*El trabajo!*

REMIGIO CAULA.

### FRONTIGNAN.

No es posible escribir el nombre de *Frontignan* sin que el lector recuerde el excelente vino que ha hecho célebre al pueblo que lleva su nombre.

El vino de *Frontignan*, dice un autor del siglo anterior, que es el más perfecto de todos los vinos, y el que se conserva mejor y por más largo tiempo.

Pero ¿cómo hablar del vino sin recordar la viña? *Maribaul*, en su *Historia general de la Agricultura*, dice que, según una antigua tradición, fué una cabra la primera que dió la idea de podar tan precioso arbusto. Este animal, habiendo rumiado y comido los sarmientos de una cepa, se observó que aquella al año siguiente dió un fruto más abundante y exquisito que de costumbre. Los cultivadores se aprovecharon de esta observación para estudiar la manera más ventajosa de podar las cepas.

Se calcula que fueron los Fenicios los primeros que introdujeron el cultivo de la viña en las costas meridionales de la *Gaula*. Los vinos más reputados entonces eran los de *Marsella* y sus alrededores, y la producción vinícola llegó á adquirir grandes proporciones hasta el año 92 de nuestra era, en que el emperador *Domiciano*, de resultas de una gran escasez que se experimentó en todo el país, hizo arrancar todas las viñas. Dos siglos más tarde, *Probus* revocó el decreto de *Domiciano*, y empleó las legiones romanas en volver á plantar las cepas.

Pero volvamos á nuestra lámina de cabecera, causa natural de esta digresión.

*Frontignan* es un pequeño pueblo del departamento del *Herault*, con una población de 2574 habitantes. Sus principales monumentos son su antigua iglesia, con la torre y campanario fortificado, su hotel de vill, ó sea casa de la ciudad y el puente *Peyrade*. Se calcula de 200 á 225 litros la producción anual de su vino blanco, y en 20 hectólitros la producción de su vino tinto. *Frontignan* posee además aguas minerales que son muy recomendadas para ciertas dolencias y las salinas del estanque de *Ingril*, que producen 200,000 quintales de sal por año.

### UNA ANÉCOTTA EN EL CAMINO DE HIERRO.

(Véase el grabado de la última página.)

Hace diez años próximamente, dos caballeros ya de cierta edad subían juntos en *Dresde* en un wagon de primera clase que se dirigía á *Viena*.

Iban solos en el carruaje, y al cabo de un cuarto de hora, el primer viajero ofreció un cigarro al segundo; el conocimiento hecho entabló naturalmente la conversación. Después de hablar de diferentes objetos, llegaron á interrogarse mutuamente sobre el de su viaje.

—Yo me dirijo á *Viena*, dijo el uno.

—A negocios seguramente, contestó el otro.

—¡Oh! No por cierto. En esta ocasión hago un verdadero viaje de placer, porque voy á abrazar á mis hijos.

—¡Ah! ¿Conque teneis hijos en la capital?

—Sí, mi hija y mi yerno; es la primera vez que los visito después de su boda. Ha sido para mi hija un excelente partido, porque mi hija no tenía más que una modesta fortuna, y se ha enlazado con el heredero de uno de los primeros banqueros de *Viena*.

—Os doy mi enhorabuena.

—Mi yerno tiene un gran porvenir; no solo se halla enlazado con la alta aristocracia, sino que tiene grandes relaciones en la corte, y si en algo puede seros útil, él y yo tendremos un placer...

—Pero en suma, vos no me habeis dicho aúrel objeto de vuestro viaje.

—Me dirijo igualmente á *Viena*, contestó sonriendo el interpelado.

—¿Y qué más?

—Y, cosa curiosa, voy igualmente como vos á ver á una hija á quien amo mucho, y á quien hace poco tiempo he establecido en esa misma ciudad.

—¿Y ha hecho buena boda?

—Chist. No estoy del todo descontento.

—¿Pues quién es vuestro yerno?

—El emperador de *Austria*.

El que así hablaba no era otro que *Maximiliano José*, duque de *Baviera*.

Nuestro grabado representa su hija y su yerno, el emperador *Francisco José I*, nacido en el año de 1830, y elevado al trono el 2 de diciembre de 1848 por abdicación de su tío *Fernando I*. Su enlace con la emperatriz *Isabel Amelia* é *Eugenia* fué celebrado el 24 de abril de 1854.

### MARINA.

#### RECUERDOS DE LA VIDA DE ARTISTA EN ROMA.

(Continuacion.)

—Vos pensais que yo, como todos los que verdaderamente aman, me he creado un ídolo para poder adorarle mejor, y que le he dotado de perfecciones que no existen más que en mi exaltada imaginación. Notad entre tanto que lo que sería extraordinario y hasta imposible en *Alemania* y en vuestro país, no lo es en *Italia*. Los hombres del Norte tienen tal vez más fuerza en el pensamiento, y en todo caso más consecuencia; pero es preciso que lleven un trabajo constante para desarrollar estas facultades, pues si no, quedan ahogadas bajo la capa grosera de su corteza. Los pueblos del Mediodía tienen una compresión tal, que se les hace todo fácil; sus sentidos, más vivos, llevan al alma impresiones más rápidas, más claras, y al instante comprenden, adivinan y lo abarcan todo. Por otra parte, ¿creeis que no sirve de nada á los habitantes de esta bella comarca ser los herederos de tantas civilizaciones? Aquí, por ejemplo, los recuerdos de los grandes artistas del renacimiento y los de la *Roma* antigua, son familiares á todas las clases del pueblo. Ellas viven entre los monumentos del mundo, entre sus antepasados, sus abuelos, según dicen ellos, y tienen establecidas habituales relaciones con las sombras de los héroes. Ved este coliseo que ahora estamos recorriendo. ¿Es ridículo que un pueblo se diga: «hé aquí lo que nosotros hacíamos cuando el universo era nuestro?» Cojed al primer mendigo que pase, el primero de esos que viven en la miseria y en la desgracia, pegados á la puerta de un convento, y os hablará de sus antecesores los *Scipiones*, los *Titos*, los *Brutos*, sin fijarse mucho en los tiempos ni en los hombres, pero perfectamente penetrado de la idea de que detrás de él hay alguna cosa grande que inspira aun respeto á las generaciones actuales. Preguntad qué es el más degradado de los *facchini*, y notad con qué orgullo os responderá: *Io son romano*. El contraste entre la condición actual y las pretensiones de los modernos romanos os parecerá de pronto muy ridícula; pero ¿no significa nada ese soplo de grandeza que agita igualmente á todas las almas, hasta las más abatidas? Ese soplo les envanece hoy, mañana los revolucionará. Vosotros no conoceis aun hasta qué punto degrada la servidumbre á los más grandes corazones y á las más grandes razas. ¿Quién sabe los destinos reservados á este pueblo, si jamás le ha otorgado el cielo un buen gobierno y la libertad? Confieso que más allá de los *Alpes*, *Marina*, con sus instintos de artista y su vanidad romana, no se concebiría más que en la imaginación exaltada de un enamorado de veinte años; pero aquí es diferente, y ya vereis si me engaño.

¿Qué teníamos que responder á esto, sino que nosotros no deseábamos otra prueba que la de juzgar por nosotros mismos? Una objeción se nos ocurría sobre otro punto más delicado, pero no teníamos bastante intimidad con nuestro amigo para decirle verdades entonces demasiado importunas. Solamente le hicimos notar que era muy extraño que una persona que tenía gustos tan delicados y tan elevados sentimientos quisiera continuar ejerciendo tan triste oficio.

—En efecto, esto parece singular, respondió; pero ¿de qué se mantendría mientras aprendiese otro? Ade-

más, el trabajo le ofrecería pocos recursos, y las costumbres ociosas y delicadas que ha adquirido le harían intolerables las ocupaciones manuales á las que debería sujetarse. Después de haber vivido la vida del artista, ¿comprendéis que la bella desposada de Corinto cosiese camisas ó vendiese velas de sebo?

En esta época el tipo de la mujer perdida regenerada por el amor estaba muy en boga. Goethe en *le Dieu et la Bayadère* y Victor Hugo en *Marion Delorme*, habían resucitado el pensamiento ya tratado por La Fontaine, y que por largo tiempo gozó del favor del público. Walther tenía sus razones para apasionarse de esta idea peligrosa y seductora, y se sublevaba contra las preocupaciones crueles de la sociedad.

¡Cómo! decía; ¡ todos se inclinan con respeto ante las obras de arte; se levantan á estas palacios donde la multitud va á adorarlas como manifestaciones de lo alto, y se rechaza al modelo sin el cual esas obras maestras no hubiesen sido creadas! Así es cómo se consagra toda la admiración á un drama ó una tragedia, y no se concede más que el desden al actor que hace inteligible ese drama á la multitud. ¡ Ahí teneis lo que es la justicia del mundo!

A esas declamaciones de un corazón herido en lo sagrado de su afección, no contestamos nada. Porque ¿cómo responder sin decirle que hay ciertas situaciones equivocadas que tienden á pervertir el corazón, y que por consecuencia, la preocupación que las hiera no carece de fundamento? Nuestras observaciones hubiesen sido algo más que una condenación de sus teorías generales; hubiese sido darle un golpe dolorosísimo en lo más sensible de su alma. Nosotros no le dejábamos ver por esta razón nuestras persistentes desconfianzas.

Desde que Walther, á pesar suyo, nos había confiado el secreto de su loco amor, este era el objeto inagotable de sus conversaciones. El mismo nos obligó á visitarle en su estudio, y con este motivo tuvimos ocasión de encontrarnos muchas veces con su adorado modelo. Entonces pudimos conocer perfectamente que si el retrato que de éste nos había hecho era un poco exagerado, no por eso dejaba de ser el modelo una mujer muy notable. Una imaginación clara, un carácter decidido, una franqueza y un abandono estremados, unidos con un orgullo reservado y púdico; cierta mezcla de firmeza viril y de gracia virginal, algunos momentos de alegría, pero de una alegría que estaba siempre templada por un tinte de grave melancolía; una profundidad de miras, y con frecuencia una elevación de lenguaje que no se esperaba hallar en una mujer del pueblo, hé aquí lo que llamaba más la atención á primera vista. Ella había adquirido en sus conversaciones con los artistas, una cultura superficial, que había bastado para desarrollarle un gusto sumamente delicado y que parecía innato. Se envanecía con un orgullo infantil de la frialdad de su carácter, frialdad que se le echaba en cara y que ella creía, porque lo sentía así, que la elevaba por encima de sus semejantes.—Quieren decir que yo soy blanca como la nieve, nos decía un día riendo. Posible es; lo que sí es cierto es que soy tan fría como ella.

—Así será, pero guardaos del sol, guardaos del amor.

—¡Oh! ese sol no se ha levantado todavía para mí, y no se levantará tan pronto.

—Tanto mejor, porque, no lo dudeis, á sus ardores la nieve se funde, y después ¿qué queda?....

Ella contestó haciendo un ligero gesto de provocación ó desafío. En cuanto á Walther, comprendía que nosotros queríamos alejarle del peligro que amenazaba su reposo, su porvenir y su dignidad; pero él hacia poco caso de nuestros buenos consejos y de nuestras prudentes advertencias.

En otra ocasión ella nos dijo que un escultor, para probarle el poder del amor, le había referido la historia de Pygmalion. Por lo que á mí hace, añadió ella, os aseguro que si hubiese sido la estatua, continuaría siendo de mármol.—¡Ah! pobre criatura; ¿por qué no te hicieron como decías? ¿por qué has descendido de tu pedestal?

Ella no hablaba así por coquetería, sino porque se creía realmente invulnerable. Se había llegado á imaginar que conocía todas las seducciones y todos los peligros, y se sentía con fuerza para resistirlos. Y la verdad es que sus palabras, al par que contristaban á nuestro amigo, nos hacían daño á nosotros.

En los primeros días de octubre los artistas volvieron á Roma, unos primero, otros después. Yo vi á aquellos á quienes iba recomendado, y que eran tam-

bien amigos de Walther, los cuales quisieron llevarnos á Tivoli acompañados de gente de buen humor. Marina fué de la partida. El día se pasó visitando las cercanías del pueblo. A pesar del mal augurio del proverbio italiano

*A Tivoli di mal conforto  
Tira il vento, piove ó suon'a morto,*

el tiempo fué inmejorable, y se aprovechó haciendo el paseo ó visita clásica á la quinta de Adriano, á las cascadas y á las grutas. A la caída de la tarde se hizo servir la cena en la galería descubierta del *hotel de la Sibila*, cerca de las ruinas del templo de Vesta, de esas ruinas que hacen de aquel lugar uno de los sitios más deliciosos del mundo. Allí todos los recuerdos de la antigüedad se despiertan de repente en el pensamiento, y se siente uno trasportado á los tiempos en que Mecenas y Horacio visitaban con placer aquella preciosa morada. Recordando los festines cantados por el poeta romano, nuestros amigos se entretuvieron en tejer las flores cogidas en la montaña, para coronar con ellas sus cabezas y los vasos. Las Lydias y Cloés de nuestros jóvenes artistas se reían á carcajadas de estos adornos, que no deslucían en sus negras cabelleras, pero que contrastaban ridículamente con el traje de los hombres. Marina, que al parecer había disfrutado mucho en las correrías de la tarde, era la única que á medida que la noche llegaba iba poniéndose pensativa y triste. A tal estado llegó, que se levantó de la mesa. Yo la seguí y la encontré con los codos apoyados en la balastrada de la galería que está situada perpendicularmente sobre las grutas, en donde se pierde saltando por entre sus peñas uno de los brazos del río. Al acercarme hácia ella me sorprendió la gracia inimitable de la posición que guardaba. Al verla envuelta por completo con su largo chal blanco para preservarse de la humedad que traía la brisa de la cascada vecina, y con la cabeza apoyada en la mano, me se antojó la estatua de Polimnia, que recientemente había admirado en un museo del Louvre. Su severa belleza, la casta armonía de los pliegues que formaba su vestido, me inspiraban una especie de involuntario respeto. Cualquiera hubiese dicho que era la Sibila Tiburtina, que había salido de su templo para colocarse á la sombra que éste formaba, y en la cual permanecía inmóvil consultando los signos del estrellado cielo. Yo me quedé tan inmóvil como ella. Marina parecía que estaba sumida en una meditación profunda. En este momento, la luna, levantándose por encima de las honduras, por entre las cuales corre como encajonado el Teverone, iluminó de lleno su rostro, y vi caer de sus ojos una lágrima.

—¿Llorais? la dije; ¿qué teneis?

—¿Veis, respondió, qué noche tan bella? Pues para mí no es de dicha completa, porque jamás seré amada, porque jamás se me respetará. ¡Ah! ¡Si yo pudiese vivir y morir aquí sola, olvidada de todos!

Al mismo tiempo ella me mostraba el magnífico espectáculo que se desplegaba ante nuestra vista. El sombrío conducto por donde se hunde el Teverone, parecía abrir debajo de nuestros piés insondables abismos, de los que subían como nubes de incienso los húmedos vapores de la cascada, pintados con todos los colores del arco iris por la claridad azulada de la noche. Por el otro lado de la corriente, en frente de nosotros, en la colina donde se elevaba en otro tiempo la casa de Horacio, los olivares agitaban su pávido y ligero follaje, en tanto que el rumor lejano de los saltos de agua, aumentando y disminuyendo á la vez, acompañaba dulcemente á la poderosa voz de la cascada. Las columnas de mármol del templo, los contornos de las montañas, la luz templada que iluminaba el paisaje, los perfumados aromas de las flores de otoño, el débil estremecimiento del follaje, el murmurio grave de las aguas, todo, en la obra del hombre como en el estado de la naturaleza, era de una armonía exquisita y de una proporción perfecta.

—Sí, exclamé yo, esta noche es espléndida. Ante este espectáculo, el poeta que en otro tiempo habitaba ese encantador rincón de tierra, habría dicho: «Gozad de la vida mientras haya juventud». Hoy el aspecto grandioso de la naturaleza y el sentimiento del tiempo que huye y nos lleva, nos inspiran ideas más altas y más melancólicas.

—Es verdad, repuso ella después de un momento de silencio, y con ese énfasis que es un carácter tradicional de la raza romana; y sin embargo, ¿por qué? ¿La sabiduría de entonces no valía tanto como la nuestra? En lugar de exhalar mis quejas á esos astros

insensibles que prosiguen su muda carrera sin oírme, ¿no haría mejor en unir mi voz á la de mis amigos? Pero no puedo. Su alegría me hace daño: si yo cantase con ellos, los sollozos me ahogarian.

—Pero entre todos, ¿no hay alguno al lado del cual deseéis sentaros, y él á su vez os pueda tender una mano amiga?

—No. Les conozco muy bien: sé todo el desinterés que encierran sus almas y lo que vale á sus ojos el destino de una mujer como yo. He visto á esos alegres amantes de la belleza y del placer jurar á sus amigas una ternura eterna, y olvidar un año después hasta el nombre de aquellas á quienes habían prometido amar siempre. Yo les he visto cambiar de amor como en un festín se cambia de vino cuando se fatiga con un mismo sabor al paladar. Yo también habría podido obtener una de esas relaciones fáciles que el capricho de hoy lega al olvido de mañana; pero sé muy bien las humillaciones que traen y las amarguras que llevan consigo. Y además, ¿hay entre ellos uno que tenga confianza en mí? Walther me ama con vehemencia, con pasión, lo sé; pero ¿qué le puedo yo dar? Mi miseria y mi vergüenza. Y él, ¿qué me puede ofrecer? Su bondad, su debilidad y sus insultantes celos: celos del pasado, del presente y del porvenir. Sin recíproca confianza no puede haber ningún afecto durable; y ¿qué confianza puede inspirarle un modelo? Esto no tiene remedio. Yo debo continuar sola mi camino, y de esta manera lograré que no se aumente mi sufrimiento.

—No sé si alguna vez os habrán hecho colocar en la actitud que representa el personaje de Shakespeare, Ophelia, ni si conocéis la situación; pero yo quisiera repetir las palabras que Hamlet le dirigía: «¡Al convento, al convento!» Pues vos no sois digna de estar á la merced del primero que llegue. Hoy el orgullo y el amor propio os ayudan á soportar el poco respeto que os tienen los demás; pero temo que no resistáis siempre, y entonces, si llegais á caer, sereis digna de lástima.

(Se continuará.)

#### PALACIO REAL DE WINDSOR.

*Windsor Castle*, como dicen los ingleses, una de las residencias ordinarias de la reina, se halla situado en Windsor, pequeño pueblo edificado á 30 kilómetros de Londres. Debe su origen á un príncipe francés, á Guillermo el Conquistador, y más tarde rey de Inglaterra. Desde aquella época, todos los soberanos de la soberbia Albion se han hecho un sagrado deber de embellecer este hermoso palacio, sus Museos de pinturas y de curiosidades históricas, y finalmente sus magníficos parques y jardines, que le han conquistado el sobrenombre de Versalles de Londres. Entre las numerosas salas que forman las habitaciones reales, se cita con encomio la de San Jorge, larga de sesenta metros por diez de ancho, y el salón de bailes, menos grande, pero cuyas magnificencias no encuentran rival en ningún palacio de Europa. Los parques son tan inmensos, que miden 45 kilómetros de circunferencia.

#### ÚLTIMA SESION DEL PARLAMENTO ITALIANO EN TURIN.

El interior de la sala de sesiones, que fué construido en 1860 en el patio del palacio de Carignano en Turin, y donde hasta que la corte se ha trasladado á Florencia celebraba el Parlamento sus sesiones, se halla dispuesta en semi-círculo, y la altura de la bóveda se eleva á 90 metros próximamente. Una inmensa galería, compuesta de veinte arcos, forma las tribunas reservadas al Cuerpo diplomático, á los miembros del Senado, á los periodistas y al público; y en ellas pueden colocarse hasta mil personas.

La decoración de la sala es de estilo lombardo. Un color gris y verde claro cubre sus paredes, y la luz penetra por el cielo abierto practicado en la cima de la bóveda.

Los sillones destinados á los miembros del Parlamento pasan de quinientos, y dispuestos de forma de que desde sus sitios puedan llamar á los ugières y porteros por medio de botones eléctricos colocados en los brazos de cada sillón.

La bóveda se halla pintada al fresco por el célebre artista Moia.

Las cincuenta y nueve nuevas provincias del reino se hallan representadas por sus blasones.

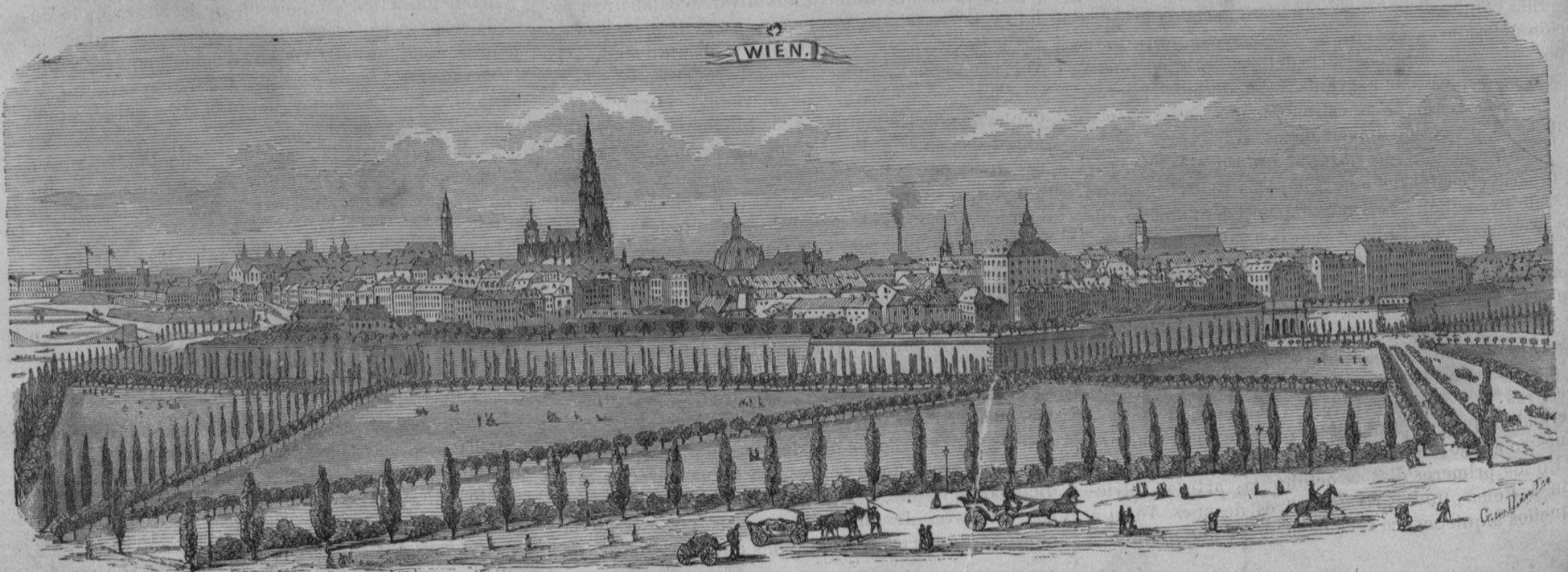
Encima de la silla presidencial se halla colocado el retrato del rey.

Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIÈRE.

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 42, principal.



SS. MM. LA EMPERATRIZ Y EL EMPERADOR DE AUSTRIA.



VISTA DE VIENA.